

# La Memoria Histórica de Mariano Moreno (\*)

POR RAMÓN TORRES MOLINA (\*\*)

## Resumen:

La Memoria sobre la invasión de Buenos Aires por las armas inglesas al mando del General Lord Beresford escrita por Mariano Moreno fue parcialmente publicada por su hermano Manuel en 1812 en *Vida y Memoria de Mariano Moreno* texto publicado en Londres. Posteriormente las recopilaciones de escritos de Mariano Moreno efectuadas por Piñero en 1896 y Levene en 1943 repitieron esa versión, incorporándole el primero de ellos algunas modificaciones que no se encuentran en el manuscrito de Mariano Moreno. El documento original se encuentra en la actualidad en el Archivo Histórico de la Provincia de Santa Cruz. Más de la mitad del documento referido principalmente a los combates previos a la ocupación de Buenos Aires permaneció inédito. Manuel Moreno modificó palabras, incorporó párrafos y resumió con su propia redacción el texto original. Piñero hizo nuevas modificaciones e incorporó fragmentos con datos históricos como pertenecientes al texto original. Se publica con este trabajo la versión completa del escrito de Mariano Moreno. Las observaciones que se hacen en esta investigación sobre las modificaciones al texto original plantean la necesidad de revisar la totalidad de los escritos de Mariano Moreno confrontándolos con los originales, en especial el Plan de Operaciones.

**Palabras Claves:** Moreno. Memoria. Invasiones.

Mariano Moreno's Historical Memories

The Memories of the invasion of the city of Buenos Aires by the British forces commanded by General Lord Beresford, written by Mariano Moreno, were partially published by his brother Manuel, in *Life and Work of Mariano Moreno*, London, 1812. Compilations of texts belonging to Mariano Moreno were later made by Piñero, in 1896 and by Levene in 1943. Both compilations repeated the original version, although the one made by Piñero added some adjustments to the original version that are not found in Moreno's manuscript. The original document is nowadays in the Historic Archives of the Province of Santa Cruz. The aforementioned document refers mainly to the combats that occurred previously to the occupation of the city of Buenos Aires and more than the half remains unpublished until today. Manuel Moreno modified some words, added paragraphs and summarized the original text in his own words. Piñero made new adjustments and added fragments with historical references, as if included in the original text. A complete version of Mariano Moreno's manuscript is published with this work.

Observations concerning the alterations of the original text that have been made in this research, rise the necessity to look through all the documents written by Mariano Moreno and to compare them with the originals, particularly with the Operations Plan.

**Keywords:** Moreno. Memories. Invasions.

Cuando Manuel Moreno publicó en Londres *Vida y Memorias de Mariano Moreno* dio a conocer la Memoria que su hermano había escrito durante la ocupación inglesa de Buenos Aires. El capítulo de la obra de Manuel Moreno lleva como título: Verificada la conquista por el Mayor Beresford, el doctor Moreno trabajó unas memorias de este suceso cuyo extracto se da.

---

(\*) En la investigación y transcripción del documento han colaborado Andrea Tachella e Hilario Villabril.

(\*\*) Profesor Titular de Historia Constitucional. UNLP. Profesor Titular de Derechos Humanos y Política Criminal (UNNOBA).

Manuel Moreno, en el capítulo de referencia, efectúa la siguiente aclaración:

“De este modo se hallaba constituido cuando la célebre conquista de Buenos Aires hecha por el mayor general Beresford en 27 de junio de 1806, vino a tener lugar. Fue este suceso tan inesperado como sentido de todos los habitantes de aquél pueblo, y menos glorioso para las armas británicas que vergonzoso para una población respetable. Desembarazado entonces de todo negocio en los cuarenta y siete días que estuvo la plaza en poder enemigo, el doctor Moreno trabajó unas memorias de este acontecimiento remarcable, las cuales tanto por su mérito intrínseco, como por no estar publicadas, presentaré en un breve extracto”. (Moreno Manuel, 1968, p. 55).

A continuación transcribe las Memorias intercalando en dos oportunidades sus propios comentarios en los que resume los fragmentos que no publica.

Cuando Norberto Piñero publicó en 1896 la recopilación de escritos de Mariano Moreno en el volumen que tituló *Escritos Políticos y Económicos* (1) incorporó el trabajo de Moreno con el título de *Memorias sobre la invasión de Buenos Aires por las armas inglesas, el día 27 de junio del año 1806 al mando del General Beresford (Lord Beresford)*, extractadas de la vida del doctor Moreno, Londres, 1812. En el extenso prólogo a la obra Piñero hace el siguiente comentario sobre la Memoria.

“...Imposibilitado de atender su empleo, mientras las tropas al mando del general Beresford ocuparon la ciudad (27 de junio a 12 de agosto de 1806), se consagró a redactar una “Memoria” sobre aquél acontecimiento, que tan hondamente le había impresionado. Este trabajo es, acaso, el único que Moreno ha escrito sin tener en vista la consecución de un fin práctico. Conocemos de esa Memoria únicamente los extensos fragmentos publicados por el doctor Manuel Moreno. Sin duda no se necesita más para juzgar el trabajo íntegro, pues el biógrafo de nuestro autor, como lo da a entender en el Prefacio de las *Arenas*, ha omitido tan solo detalles de poco o ningún mérito y ha reproducido todo lo capital. La Memoria es una exposición seria y meditada en la que Moreno abarca el asunto con amplitud de miras; estudia las condiciones del Río de la Plata y especialmente de Buenos Aires, en el instante del acontecimiento; pone de relieve el gran papel comercial de esta ciudad y cuanto importaba a la Metrópoli su conservación porque ‘el Perú entero sería absolutamente inútil a la España, sujetándose Buenos Aires a dominio extranjero’; cuenta como ocurrieron los sucesos, e indaga las causas inmediatas que determinaron la conquista, o si se prefiere, que produjeron la caída de la plaza en poder de las tropas inglesas” (Piñero, Norberto, 1915, p. 12).

Es decir, la versión de las Memorias que publica Piñero, fueron tomadas de la publicación original de Manuel Moreno.

Ricardo Levene, en su recopilación de escritos de Mariano Moreno cuya edición original es de 1943, publicó un texto similar al de Manuel Moreno, con ligeras variantes.

De tal forma que el documento en su totalidad era desconocido ya que tanto Piñero como Levene trabajaron con el texto de Manuel Moreno sin tener acceso al manuscrito de Mariano Moreno.

El documento original, manuscrito de puño y letra de Mariano Moreno con título manuscrito de su hermano Manuel se encuentra hoy en el Archivo Histórico de la Provincia de Santa Cruz. Forma parte de la colección Eduardo Luis Duhalde quien junto a otros documentos lo entregó al Archivo. Son treinta y cuatro hojas, escritas de ambos lados, de 212 por 152 milímetros, papel con nueve corondeles, filigrana con corona y marca de agua Carreta. En la página 3 aparece un título: Número 1; en la 15 otro: Número 2.

A partir de 1960 se comenzaron a publicar documentos inéditos pertenecientes al archivo de la familia Moreno que no se habían utilizado con anterioridad y que corrían grave riesgo de perderse. Esos documentos consistían en papeles relacionados con la familia Moreno, cartas, escritos inéditos de Mariano Moreno, muchos de ellos jurídicos, y otros trabajos que había traducido o utilizado en su

---

(1) Moreno Mariano, *Escritos Políticos y Económicos*, Buenos Aires, Coni, 1896.

vida pública. Fueron publicados en forma parcial por Roman Francisco Pardo (2). Con posterioridad Eduardo Durnhofer, utilizando esa documentación dio a conocer Mariano Moreno Inédito (3) y Mariano Moreno. Artículos que la "Gazeta" no llegó a publicar (4). A este grupo de documentos pertenece la Memoria Histórica que solo se conocía parcialmente a través de las publicaciones de Manuel Moreno, Piñero y Levene.

Tanto Piñero como Levene afirman que la versión que publicaron de la Memoria fue tomada de la obra de Manuel Moreno Vida y Memorias de Mariano Moreno pero el texto de Piñero difiere de sus versiones más difundidas incorporando palabras y párrafos no incluidos en ésta.

La parte inédita de la Memoria, más de la mitad del texto, tiene un indudable valor histórico ya que describe con detalle los combates anteriores a la toma de Buenos Aires librados entre las fuerzas inglesas y las coloniales y se efectúan en ella profundas consideraciones militares en las que se explican las posibilidades de la defensa y las causas de la derrota. También se observa que en la versión resumida publicada por Manuel se han cambiado palabras al texto original y en algunos casos se ha cambiado la redacción de párrafos enteros.

¿Qué llevó a Manuel Moreno a suprimir extensos análisis efectuados por su hermano en la Memoria? ¿Subestimó las consideraciones militares del análisis? ¿Juzgó que esos análisis constituían un agravio para los británicos, cuyas armas fueron derrotadas por los ejércitos de la colonia, teniendo en cuenta que la obra se publicó en Londres y que se buscaba el apoyo británico al incipiente proceso de lucha por la independencia? ¿No quiso dar datos tácticos a un posible intento realista de desembarco en las proximidades de Buenos Aires contra los gobiernos patrios? Son interrogantes que aún no tienen respuesta.

La Memoria es el presupuesto fáctico de los argumentos jurídicos sostenidos por Moreno como justificación para la destitución del Virrey (5). Ambos documentos resultan así complementarios. La Memoria describe y analiza los hechos y menciona el sumario instruido por la fuga de Sobremonte; el escrito sobre la destitución de Sobremonte se funda en el estado de necesidad.

La Memoria fue escrita por Mariano Moreno durante la ocupación inglesa. Lo dice expresamente y surge del texto. Se basa en un diario que escribió durante la ocupación:

"La prolijidad con que apuntaba cada noche los sucesos del día me proporcionó un diario, que extractado con fidelidad presenta una individual noticia de todos los acontecimientos" (hoja 2 del manuscrito).

Esa afirmación aparece corroborada por las escasas correcciones del manuscrito. Se observa que existió un escrito previo sobre el que trabajó las Memorias. Nos dice Moreno que para su redacción consultó a las personas que tenían conocimientos de los hechos. De esa información surgen los detalles de las operaciones militares que se desarrollaron antes de la ocupación de Buenos Aires.

Según dice Moreno la Memoria fue escrita ante la necesidad de vindicar nuestro honor ya que la ocupación de Buenos Aires suponía negligencia en el gobierno o indiferencia de los habitantes de la ciudad. Todo el desarrollo del escrito está dirigido a responder a ese interrogante estableciendo que la responsabilidad de la derrota fue consecuencia de la impericia y cobardía de los jefes militares, destacando la voluntad y decisión de la población en enfrentar a los invasores. Este análisis, que fun-

---

(2) La primera publicación de esta documentación fue efectuada por Pardo Román Francisco, Documentos de Mariano Moreno, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, Buenos Aires, Casa Pardo, 1960. Nota preliminar de Luis Peralta Ramos.

(3) Durnhofer Eduardo, Mariano Moreno inédito. Sus manuscritos., Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.

(4) Durnhofer Eduardo, Mariano Moreno. Artículos que la "Gazeta" no llegó a publicar, Buenos Aires, Casa Pardo, 1975.

(5) Ver el documento en Durnhofer Eduardo, Mariano Moreno... cit. p. 121.

damentalmente se encuentra en las partes del trabajo que no fueron publicadas, aparece confirmada por los hechos posteriores: la Reconquista y la Defensa de Buenos Aires.

La realidad económica que describe en la Memoria anticipa temas que posteriormente desarrolló Moreno en la Representación de los hacendados (6).

En la parte de la Memoria no publicada Moreno describe el estado de indefensión en que se encontraban los distintos puntos en los que era posible un desembarco existentes entre Ensenada y Buenos Aires, atribuyendo la responsabilidad de esa situación a la negligencia de Sobremonte. Analiza también los antecedentes de Sobremonte que no era militar, siempre vivió dedicado a la pluma (lo que en el concepto de Moreno lo inhabilitaba para la milicia) y de Pedro de Arce, quién tuvo a su cargo el mando de las tropas en Quilmes.

Sostiene Moreno que para enfrentar la invasión el pueblo necesitaba dirección. Describe el desembarco inglés en Quilmes, observado por la población desde Buenos Aires; analiza las dificultades de ese desembarco y el combate del 26 de junio donde una orden de Arce puso en fuga a los seiscientos hombres de caballería y a las fuerzas que en ese momento acudían en su refuerzo. Describe las fuerzas con las que se contaba para enfrentar la invasión: las milicias urbanas, el Regimiento de Caballería, el Regimiento de Voluntarios de Infantería y las compañías de indios, negros y mulatos. Analiza el combate en la Barranca (Riachuelo) y las posibilidades que presentaba para la defensa un adecuado despliegue de las fuerzas propias complementadas por la artillería.

Resulta notable, entonces, que la demostración de lo que Mariano Moreno se proponía, que era explicar las causas de la derrota y la reivindicación del pueblo en su actitud combativa, se encuentre en los fragmentos de la Memoria que su hermano Manuel no publicó.

La extensa nota que incorpora la versión publicada por Piñero, referida a las disputas entre España y Portugal por la Colonia del Sacramento le pertenece; no está en el manuscrito ni en la versión de Manuel Moreno. Tampoco las restantes notas incorporadas por Piñero.

En la hoja 1 del manuscrito, Mariano Moreno habla de empresas mercantiles, palabra que mantiene Manuel (Moreno Manuel, 1966, p. 56), pero omite Piñero (Piñero Norberto, 1915, p. 77). Levene retoma la palabra mercantiles (Levene Ricardo, 1843, p. 55. En la misma página Mariano Moreno utiliza la palabra conquistadores, Manuel Moreno la transcribe, pero Piñero la sustituye por invasores. Levene retoma la versión original. Mariano Moreno, siempre en el mismo párrafo, refiriéndose al número de invasores, habla de mil y seiscientos; Manuel transcribe el párrafo, Piñero elimina la conjunción y agrega hombres, Levene retoma la versión original. Al finalizar el párrafo Piñero corrige la redacción agregando un párrafo que dice por conocer las circunstancias.

En la hoja 1 vuelta del documento original (que está numerada ya que Moreno numeró las hojas) Mariano Moreno habla de un pueblo recién conquistado; Piñero cambia la palabra por invadido (Piñero Norberto, 1915, p. 77).

En la hoja 2 Mariano Moreno escribe que se decidió a manifestar, palabra que Piñero cambia por componer (Piñero Norberto, 1915, p.78). También, en la misma hoja Piñero agrega la palabra reflexión que no figura en el original ni en las versiones de Manuel Moreno y Levene.

En la hoja 3 del manuscrito Mariano Moreno escribe:

El es la primera Puerta del Reino del Perú; y Buenos Aires el centro que reúne, y comunica las diversas relaciones de estas vastas provincias.

Manuel Moreno y Levene copian esa versión. En cambio Piñero escribe:

Es la primera puerta del reino del Perú, y Buenos Aires el centro que reúne y mantiene las diversas relaciones de estas vastas comarcas (Piñero Norberto, 1915, p. 78).

---

(6) Torres Molina Ramón, Historia Constitucional Argentina, La Plata, Scotti, 2008, p. 40.

En la hoja 3 vuelta Mariano Moreno escribe: y de yerba del Paraguay. Manuel Moreno y Levene siguen esa versión. En cambio Piñero escribe: yerba paraguaya o mate y agrega en sus carnes, en sus pieles, en sus lanas, en sus harinas y otros productos de sus campos que no están en el original ni en las restantes versiones (Piñero Norberto, 1915, p. 79). También Piñero elimina, del mismo párrafo las palabras se combina.

En la versión de Piñero al párrafo correspondiente a la hoja 4 le agrega la palabra erario y la siguiente frase con la riqueza y prosperidad nacional que pone en acción (Piñero Norberto, 1915, p. 79) que no está en el original ni en las restantes versiones. En la misma hoja, Mariano Moreno escribe: sensible deterioro; Manuel Moreno cambia la expresión por deterioro insoportable (Moreno Manuel, 1968, p. 79) versión que siguen Piñero (Piñero Norberto, 1915, p. 79) y Levene, (Levene Ricardo, 1943, p. 57). En el mismo párrafo Piñero cambia las palabras reino por país y dinero por plata.

A la versión de Mariano Moreno en la hoja 5 Piñero agrega la palabra acaso (Piñero Norberto, 1916, p. 80) que no se encuentra en las restantes versiones.

En la hoja 7, Mariano Moreno escribe dos veces Marques deSobre Monte; Piñero, en la segunda oportunidad, suprime el apellido. También cambia la expresión nuestra ruina por nuestros males (Piñero Norberto, 1915, p. 82).

En la hoja 8 Mariano Moreno escribe: y casualidad. Manuel Moreno corrige por la casualidad (Moreno Manuel, 1968 p. 59), versión que sigue Piñero (Piñero Norberto, 1915, p. 82); en cambio Levene recupera la versión original (Levene Ricardo, 1943 p. 59). En el mismo párrafo la expresión todos los ordenes del Estado que se encuentra en el texto original, es cambiada por Piñero por todas las clases del estado (Piñero Norberto, 1915, p. 82).

En la hoja 9 del documento original Mariano Moreno escribe:

...y quizá es Buenos Aires el único, que con sus Propios ha mantenido siempre Regimientos...

Versión de Manuel Moreno del mismo párrafo:

...y quizá es Buenos Aires el único que con sus propios fondos (del cabildo) ha mantenido siempre regimientos...(Moreno Manuel, 1968, p. 59).

Versión de Piñero:

...y quizá es Buenos Aires el único que con sus fondos (proprios del Cabildo) ha mantenido siempre regimientos...(Piñero Norberto, 1915, p. 83).

Versión de Levene:

...y quizá es Buenos Aires el único que con sus propios (fondos del Cabildo) ha mantenido siempre regimientos... (Levene Ricardo, 1943, p. 60).

En la misma hoja Mariano Moreno escribe:

Los posteriores ataques, que sufrió, no hicieron sino de aumentar su gloria.

Manuel Moreno sigue la misma versión eliminando las comas; Levene elimina una sola coma. En cambio Piñero da la siguiente versión:

Los posteriores ataques que sufrió no sirvieron sino para aumentar su gloria (Piñero Norberto, 1915, p. 85).

Al texto original de Mariano Moreno correspondiente a la hoja N° 12 Manuel Moreno agrega un párrafo que no está en el manuscrito:

Nuestros jefes militares por su estupidez y desidia no nos prometían más que desgracias (Moreno Mariano, 1968, p. 60).

La misma frase la repiten Piñero (Piñero Norberto, 1915, p. 84) y Levene (Levene Ricardo, 1943, p. 60).

En la hoja 13 Mariano Moreno utiliza las palabras relación e increpaciones. Esas palabras son repetidas por Manuel Moreno (Moreno Manuel, 1968, p. 60) y por Levene (Levene Ricardo, 1943, p. 61). En cambio Piñero reemplaza las palabras por relato e imprecaciones (Piñero Norberto, 1916, p. 60).

En la hoja 15 Mariano Moreno comienza con la parte que titula N° 2. Se advierten en las versiones de Manuel Moreno, Piñero y Levene sustanciales modificaciones al texto original de Moreno. No son ya supresiones no publicadas. Manuel Moreno le da al texto otra redacción.

Versión original de Mariano Moreno:

La invasión de Buenos Aires no fue un golpe imprevisto que trastornase por la sorpresa las disposiciones del Gobierno: pocas expediciones han sido tan circunstancialmente detalladas antes de ejecutarse y ninguna ha prestado más tiempo ni proporciones para ser rechazada. En 11 de noviembre de 1805 entró en la Bahía de todos los Santos una Escuadra Inglesa con reserva de su dirección y destino. Del Janeiro se comunicó inmediatamente esta noticia y por diversos Buques de particulares se supo con certeza que se componía de sesenta velas nueve navíos y nueve mil hombres de desembarco. El temor de que se dirigieran al Río de la Plata hizo tomar algunas providencias pero todas se redujeron a fortificar a Montevideo, pasó el Virrey a aquella Plaza y quedó satisfecho cuando se cercioró personalmente de las excelentes fortificaciones que aseguraban su defensa.

En Buenos Aires se convocaron las milicias del Campo. Se hicieron bajar las de Córdoba, se juntó un pié de Ejército considerable y cuando las cosechas se iban perdiendo por falta de manos que las recogiesen, se supo con certeza que la Escuadra enemiga se había dirigido al Cabo de Buena Esperanza; y lo había tomado efectivamente. Entretanto se retiraba gente; se recogieron los restos de [ilegible] se experimentó este nuevo efecto de los informes de los treinta mil hombres de Milicias disciplinadas y el Virrey retornó lleno de satisfacciones a la Capital.

Versión de Manuel Moreno:

La invasión de Buenos Aires no fue un golpe imprevisto que pudiera sorprender al gobierno. En 11 de noviembre de 1805 entró a la bahía de Todos los Santos una escuadra inglesa con reserva de su dirección y destino. Esta noticia alarmó un poco al virrey de Buenos Aires; algunas providencias de poca consecuencia se tomaron entonces, pero todas reducidas a fortificar a Montevideo, que sin saber por qué, se creía el único punto del Río de la Plata sujeto a los peligros de una invasión. En fin, se supo con certeza que la escuadra enemiga se había dirigido al Cabo de Buena Esperanza, y lo había tomado efectivamente. Entonces se retiraron las tropas que se habían reunido, y el virrey retornó de Montevideo lleno de satisfacciones. (Moreno Manuel, 1968, p. 61)

Versión de Piñero:

La invasión de Buenos Aires no fue un golpe imprevisto, que pudiera sorprender al Gobierno. En 11 de noviembre de 1805 entró a la Bahía de Todos-Santos una escuadra inglesa, mandada por Sr. Home Popham, conduciendo 5000 hombres de desembarco a las órdenes de Sir David Baird, con reserva de su dirección y destino. Esta noticia alarmó un tanto al virrey de Buenos Aires; algunas providencias de poca consecuencia se tomaron entonces, pero todas reducidas a fortificar a Montevideo, que sin saber por qué, se creía el único punto del Río de La Plata sujeto a los peligros de una invasión. El virrey pasó a visitar aquella plaza. En fin, se supo con certeza que la escuadra enemiga había salido de la Bahía el 26 del mismo noviembre, y que, dirigiéndose al Cabo de Buena Esperanza, posesión de los holandeses, lo había tomado efectivamente en enero de 1806. Entonces se retiraron las tropas que se habían reunido, y el virrey retornó de Montevideo lleno de satisfacción y confianza (Piñero Norberto, 1915, p. 84).

Se observa, entonces, que Pinero incorpora al texto datos y frases que no se encuentran en el manuscrito original de Mariano Moreno ni en la versión que difundió Manuel Moreno.

Levene con algunos cambios de puntuación y ortografía retoma la versión de Manuel Moreno (Levene Ricardo, 1943, p. 61).

La versión de Mariano Moreno correspondiente a la hoja 18 nuevamente es deformada por Manuel Moreno.

Versión de Mariano Moreno:

En esta inacción nos mantuvimos hasta Mayo de 806, en que de diversos puntos se dirigieron partes al gobierno de que se avistaba una división de bastantes velas cuya bandera se ignoraba; y el del comandante de Santa Teresa dispuso nuestras dudas esclareciendo que aquella Escuadra era Enemiga. Participaba que el día 20 apareció frente del Fuerte a una legua de la Costa una Fragata Inglesa de 40 cañones, con 5 embarcaciones menores, incluso un lanchón de 18 pedreros, que habiendo llegado a Tierra un bote con un oficial y 4 marineros pretextando necesidad de aguada los había detenido; que la Fragata envió otro oficial con bandera parlamentaria, intimando al Comandante entregase los prisioneros o que saltando en Tierra pasarían a cuchillo toda la guarnición; que a este nuevo enviado lo había detenido igualmente y que habiendo intentado un desembarco los había repelido con dos piezas de artillería que guardaban la costa.

Versión de Manuel Moreno:

En esta inacción nos mantuvimos hasta mayo de 1806, en que de diversos puntos se dirigieron partes al gobierno de que se avistaba una división de bastantes velas cuya bandera se ignoraba. Muy pronto no quedó duda alguna de que era enemiga. Todavía se creía que solo viniese en busca de una escuadra francesa salida de Rochefort con destino a reforzar el cabo, y que encontrándolo tomado podía suponerse se hubiese dirigido a Montevideo a refrescar. No debemos temer, se decía, que los ingleses emprendan un desembarco, para el cual no pueden traer fuerzas bastantes, sin cuando más, que se batan ambas escuadras en nuestros mares (Moreno Manuel, 1968, p. 61).

Manuel Moreno resume la versión de su hermano incorporando frases y conceptos que Mariano Moreno utiliza en fragmentos posteriores.

Versión de Piñero:

En esta inacción nos mantuvimos hasta mayo de 1806, en que de diversos puntos se dirigieron partes al Gobierno de que se avistaba una división de bastantes velas, cuya bandera se ignoraba. Muy pronto no quedó duda alguna de que era enemiga. Después de haberse presentado uno de sus buques, la fragata "Leda" sobre Santa Teresa, y desembarcado algunos prisioneros, la división había entrado en el Río a principio de junio. Todavía se creía que solo viniese en busca de una escuadra francesa salida de Rochefort con destino a reforzar el Cabo y encontrándolo tomado, podía suponerse se hubiese dirigido a Montevideo a refrescar. No debemos temer, se decía, que los ingleses emprendan un desembarco, para el cual no pueden traer fuerzas bastantes, sino cuando más, que se batan ambas escuadras en nuestros mares. (Piñero Norberto, 1915, p. 85).

También incluye la siguiente frase, que no está en el original ni en las versiones de Manuel Moreno ni Levene:

Era aquél día la fiesta de San Juan y la de su esposa. (Piñero Norberto, 1915, p. 85).

Nuevamente Piñero, en el fragmento transcrito, incorpora datos que no están en el original ni en la versión de Manuel Moreno.

Levene sigue la versión de Manuel Moreno. (Levene Ricardo, 1915, p. 62).

A la descripción que hace Mariano Moreno en la hoja N° 19 sobre las condiciones que debían enfrentar las fuerzas inglesas después de su desembarco en Quilmes, Piñero agrega la frase de una legua que no está en el original y cambia de la ciudad por desde la ciudad. (Piñero Norberto, 1915, p. 86).

También existen modificaciones en la redacción de un párrafo correspondiente a la hoja 19 vuelta.

Versión de Mariano Moreno:

Cuando superasen esos riesgos y ganasen el alto, debían caminar a pie tres leguas de Campos llanos y descubiertos. Nuestra numerosa y diestra Caballería les picaría la retaguardia, los molestaría, los

cortaría, y quizá sin empeñar una acción formal, los obligaría a rendirse o retirarse. Cuando se liberaren de esos peligros, llegarían a Barracas, y encontrarían una posición capaz de contener el ejército más numeroso y disciplinado.

Manuel Moreno cambia la frase cuando se liberasen por la palabra Liberados. (Moreno Manuel, 1968, p. 62). Levene publica esta versión con una modificación: escribe picaría (sic) [picaría], seguramente por un error de imprenta de las primeras ediciones de la obra de Manuel Moreno ya que en el original figura la palabra picaría. (Levene Ricardo, 1943, p. 63).

Versión de Piñero:

Cuando superasen riesgos y ganasen el alto debían caminar a pié tres leguas de campos llanos y descubiertos. Nuestra numerosa y diestra caballería les picaría la retaguardia, les arrebataría sus bagajes, los molestaría, los cortaría, y quizá sin empeñar una acción formal, los obligaría a rendirse, o retirarse. Libertados de estos peligros llegarían a Barracas, o tendrían que vadear el Riachuelo, o forzar su puente y encontrarían una posición capaz de contener el ejército más numeroso y disciplinado. (Piñero Norberto, 1915, p. 86).

Nuevamente Piñero agrega frases y palabras que no se encuentran en el texto de Mariano Moreno ni en Manuel Moreno.

A partir de la hoja 19 vuelta Manuel Moreno resume el texto de Mariano, que llega hasta la hoja 34 en un solo párrafo, incorporando dos párrafos que se encuentran en el original.

Resumen de Manuel Moreno:

Un oficial que injustamente había estado hasta entonces en la opinión más elevada, se encargó de batir al enemigo a poco trecho del lugar de su desembarco. Tuvo a su disposición seiscientos hombres de caballería con tres cañones, y después de las primeras descargas se tiró precipitadamente, envolviendo en su fuga un regimiento de 700 hombres que venía a socorrerlo, y sin que hubiese vuelto más a presentarse en el campo de batalla. Ya no se trataba de resistir al enemigo, y es público que desde que Arce comunicó el suceso de los Quilmes, contó el virrey la acción por perdida, renunciando las más remotas esperanzas; las ponderaciones del inspector intimidado y la derrota de un hombre a quién reputábamos el Laudón de la América, hicieron desesperar al marqués, y ya no pensó sino en otros objetos. El segundo punto de oposición fue el puente de Gálvez, sobre el riachuelo, llamado comúnmente Río de Barracas, a poco más de una legua del centro de la ciudad, resguardado de poco más de cuatrocientos hombres de que se componía el regimiento de infantería, y sus cañones. Este plan de defensa, si se puede dar este nombre a una serie de desaciertos, salió tan mal como el primero. Dos mil y quinientos urbanos que habían sido colocados en las barrancas de la ciudad, fueron mandados a retirar a ella, sin haber visto al enemigo, y aun sin haberse preparado para recibirlo. Un emisario inglés fue recibido, que intimaba a la plaza que se rindiese bajo capitulación. Convocados entonces los oficiales de plana mayor (pues el virrey había huido a lo interior) junto con la Real Audiencia, y el Cabildo, se formó un consejo para tratar este negocio, y en él se resolvió la entrega. (Moreno Manuel, 1968, p. 62).

Versión de Piñero:

Un oficial sexagenario y enfermo, don Pedro de Arce que injustamente había estado hasta entonces en la opinión más elevada, por haberse distinguido cuarenta años antes en el sitio de Mahón, se encargó de batir al enemigo a poco trecho del lugar de su desembarco. Tuvo a su disposición seiscientos hombres de caballería con tres cañones, y después de las primeras descargas se retiró precipitadamente con pérdida de la artillería, envolviendo en su fuga un regimiento de 700 hombres que venía a sostenerlo, y sin que hubiese vuelto más a presentarse en el campo de batalla. Tal fue el suceso de la mañana del 26. Ya no se trataba de resistir al enemigo, y es público que desde que Arce comunicó el resultado de los Quilmes, contó el virrey la acción por perdida, renunciando a las más remotas esperanzas; las ponderaciones del inspector intimidado (tal era el rango de Arce en la milicia), y la derrota de un hombre a quién reputábamos el Laudón de la América hicieron dispersar al Marqués,

y ya no pensó sino en otros objetos; en salvar su persona, su empleo, y su familia, retirándose a las provincias.

Así lo ejecutó en lo profundo de esta noche, desde la quinta de la Convalecencia, situada a un lado de Barracas, donde había dormido la anterior cercado de ayudantes, al abrigo de una fuerte escolta; y tomó el camino de Córdoba, sin dejar a la ciudad ninguna orden ni indicación de su destino.

El segundo punto de oposición fue el puente de Gálvez, sobre el Riachuelo, llamado comúnmente Río de Barracas, a poco más de una legua del centro de la ciudad, resguardado de poco más de cuatrocientos hombres, de que se componía el regimiento de infantería provincial, y seis cañones. Este plan de defensa, si se puede dar este nombre a una serie de desaciertos, salió tan mal como el primero. El puente había sido quemado; pero para no dejar de cometer torpeza alguna imaginable, aun cuando por casualidad se tomaban las precauciones del arte de la guerra, se había permitido continuar en el Riachuelo las embarcaciones menores y botes que llenan de costumbre su canal, y de ellos se valió el enemigo para pasarlo. Una compañía, parapetada en una zanja, sin otro oficial que el sargento Joaquín Fernández, fue la única que mantuvo el honor del país, haciendo fuego a los invasores, al tiempo de vadear el río. Dos mil quinientos urbanos, que habían sido colocados en las barrancas, como a una milla de aquél punto, fueron mandados retirar de la ciudad, sin haber visto al enemigo y aún sin haberse preparado a resistirlo. Un emisario inglés fue recibido, que intimaba a la plaza a rendirse bajo capitulación. Convocados entonces los oficiales de plana mayor (pues el virrey se había huido), junto con el real acuerdo y el Cabildo, se formó un consejo para tratar este negocio, y en él se resolvió la entrega bajo los términos siguientes, concebidos en 10 artículos: "la entrada de las tropas inglesas; los honores de la guerra a los vencidos; respeto de toda propiedad bona fide particular; tanto del pueblo como de las iglesias y de los establecimientos públicos; protección de los habitantes; las mismas formas en la recaudación de las rentas hasta la decisión de S.M.B.; conservación de la religión católica; los buques del tráfico del río exentos de apresamientos; y toda propiedad pública, o del estado, a beneficio de los captores" (Piñero Norberto, 1915, p. 87).

Piñero, como en otros fragmentos de la Memoria incorpora datos históricos cuya redacción atribuye a Mariano Moreno que no se encuentran en el original ni en la versión de su hermano Manuel. En ninguna de esas versiones se incluyen los términos de la capitulación. Tampoco se encuentra en el original ni en la versión de Manuel Moreno la nota final referida a la relación del armamento encontrado en Buenos Aires (Piñero Norberto, 1915, p. 88).

Levene sigue la versión de Manuel Moreno aunque cambia sus cañones por seis cañones (Levene Ricardo, 1943, p. 64).

Puede concluirse, con lo expuesto, que Manuel Moreno cambió palabras y frases resumiendo gran parte del escrito original en pocos párrafos. Levene siguió, con muy pocas variantes, la versión de Manuel Moreno. En cambio Piñero agregó a la versión de Manuel Moreno frases y párrafos enteros que tampoco tomó del original que desconocía. Esta constatación obliga a un replanteo crítico de toda la obra publicada de Mariano Moreno ya que las primeras versiones de sus obras provienen de las publicaciones de Manuel Moreno efectuadas en 1836 (7) y Norberto Piñero en 1896 (8). Si al descubrimiento de Levene relativo a la indebida incorporación por parte de Manuel Moreno de un párrafo referido al federalismo que no estaba en el artículo original publicado por Mariano Moreno en la Gaceta de Buenos Aires se le agregan los resultados de esta investigación, referida exclusivamente a la Memoria Histórica, se puede conjeturar que gran parte de la obra publicada de Mariano Moreno se encuentra alterada. Esta observación resulta aún más grave si se trata del Plan de Operaciones. Aunque su autenticidad está demostrada, (9) si se tiene en cuenta que la primera versión fue difundida por Piñero,

(7) Moreno Mariano, Colección de Arengas en el Foro y Escritos del Dr. D. Mariano Moreno, Londres, Pickburn, 1936.

(8) Moreno Mariano, ob. cit., p. 301.

(9) Ver el debate sobre la autenticidad del Plan en Torres Molina Ramón, ob. cit., p. 43.

que el documento que sería de puño y letra de Mariano Moreno fue copiado por Andrés Álvarez de Toledo, que pudo cometer errores en su cometido, y que posteriormente lo publicó Piñero que deliberadamente pudo introducirle cambios, como lo hizo en un texto menos controvertido como la *Memoria Histórica*, puede considerarse que su texto está deformado. Ello exige una reconstrucción crítica del *Plan de Operaciones* sobre la base de las copias conocidas.

Mariano Moreno escribió la *Memoria* referida a las invasiones inglesas en 1806. Gran parte del texto conocido fue modificado. Doscientos cuatro años después de escrito se da a conocer el texto completo. Se ha corregido en esta versión la ortografía para facilitar su lectura, respetándose las mayúsculas que Mariano Moreno incorporó al texto.

### **Bibliografía**

BAGU Sergio, Mariano Moreno, Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 126.

DURNHOFER Eduardo, Artículos que la 'Gazeta' no llegó a publicar, Buenos Aires, Casa Pardo, 1975, p. 126.

DURNHOFER Eduardo, Mariano Moreno inédito, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 386.

MORENO Manuel, Vida y Memorias de Mariano Moreno, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, p. 181.

MORENO Mariano, Colección de arengas en el foro y escritos del Dr. D. Mariano Moreno, Londres, Pickburn, 1836, p. 265.

MORENO Mariano, Escritos Políticos y económicos. Ordenados y con un prólogo por Norberto Piñero, Buenos Aires, La Cultural Argentina, 1915, p. 370.

MORENO Mariano, Escritos, Edición Crítica de Ricardo Levene, Buenos Aires, Estrada, 1943, p. 352.

PARDO Román Francisco, Documentos de Mariano Moreno, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, Buenos Aires, Casa Pardo, 1960. Nota preliminar de Luis Peralta Ramos, p. 171.

PUIGGROS Rodolfo, La época de Mariano Moreno, Buenos Aires, Sophos, 1960, p. 415.

TORRES MOLINA Ramón, Historia Constitucional Argentina, La Plata, Scotti, 2008, p. 224.

### **APENDICE**

Memoria sobre la invasión de Buenos Aires por las armas inglesas al mando del general lord Beresford (10).

Cuando las relaciones del Río de la Plata, con los pueblos comerciantes, no hicieran interesante la historia de su última conquista, debería siempre escribirse para vindicar nuestro honor, e instruir a la posteridad. La rapidez con que las armas británicas tomaron una ciudad tan considerable, supone negligencia en el Gobierno, o indiferencia en sus habitantes: esta sola duda obliga a todo ciudadano a manifestar las verdaderas causas de este suceso.

Los pueblos que dependían de esta capital, los que tenían en ella sus fondos, y principal centro de su comercio; los que se han abierto un nuevo teatro a sus especulaciones y empresas mercantiles; todos admirarán que en cuarenta y ocho horas haya podido conquistarse un punto tan interesante: crecerá su sorpresa al oír que los conquistadores no llegaron a mil seiscientos; no podrán concebir que tan corto número de tropas haya subyugado fácilmente a un pueblo de sesenta mil habitantes; y todos anhelarán la verdadera causa de este extraordinario acontecimiento.

---

(10) Los fragmentos de la Memoria no publicados se encuentran en bastardilla.

El deseo de satisfacer tan justa curiosidad me inspiró el de formar una historia de esta conquista: hablé con varias personas capaces de desempeñarla dignamente: les insté emprendiesen una obra de tan conocida utilidad; pero el trastorno que ocasiona a todo país la mudanza de dueño, les impidió dedicarse a un trabajo que ellos mismos deseaban. Todos se hallaban contraídos a buscar nuevos medios de subsistir; y en la inconstancia que presenta un pueblo recién conquistado, no se atrevían a separar un punto su atención de aquel principal objeto.

Desesperado de encontrar quien se dedicase a la formación de esta historia, me resolví a manifestar unas memorias que supliesen su falta, para el conocimiento de los principales hechos de esta conquista, La prolijidad con que apuntaba cada noche los sucesos del día, me proporcionó un diario, que extractado con fidelidad, presenta una individual noticia de todos los acontecimientos. No refiero cosas que no haya visto, o que no estén atestiguadas por la uniforme deposición de personas formales y de respeto.

No me he creído capaz de sostener la dignidad, método, reflexiones, y demás necesario para la formación de una historia; pero mi sencilla relación instruirá bastantemente las verdaderas circunstancias de este evento; ella descubrirá los culpados en una rendición tan vergonzosa; y con una imparcialidad libre de la esperanza o el temor manifestará en los mismos hechos la gloria del vencedor, y los sujetos que deben sufrir la ignominia y el oprobio de los vencidos.

#### Nº 1

El Río de la Plata es el punto más interesante de estas Américas. Su situación lo recomienda tanto, como sus relaciones mercantiles; y su pérdida debe ser tan funesta a la Nación, como al mismo Gobierno. El es la primera puerta del reino del Perú, y Buenos Aires el centro que reúne y comunica las diversas relaciones de estas vastas provincias. El comerciante europeo depende precisamente de los factores que en esta capital reciben y dirigen sus negociaciones; y de las provincias interiores debe remitir aquí los capitales de su giro, y de este modo Buenos Aires reúne las esperanzas de cuantos viven dedicados al comercio de estas poderosas regiones.

Más de trescientos buques de comercio se presentan anualmente en sus puertos: cerca de diez y ocho millones de efectos, que consume Perú, pasan en la mayor parte por este preciso canal; la considerable gruesa de yerba Paraguay, se deposita en sus almacenes, antes de repartirse a las provincias; el comercio de negros para estas Américas se le ha hecho privativo; un millón de Cueros se exportan cada año de su distrito; el Río de la Plata es el único punto conocido de las colonias extranjeras para la remisión directa de sus frutos; Buenos Aires envía los suyos; a su diversidad y abundancia, se agrega la industria para facilitar y hacer más cómodo *su* retorno; aquí se calcula, se combina, se emprende, se aventuran expediciones; no hay Puerto mercante en el mundo que no conozca nuestros frutos y nuestra bandera; en fin, este es el único Pueblo que en esta América puede llamarse comerciante.

Estas poderosas relaciones hacen tan interesante al Gobierno como al comercio la conservación de esta ciudad. A más de que naturalmente siguen las Provincias el destino de la capital; a más de los cuantiosos derechos que debe producir un tan vasto giro, el Perú entero es absolutamente inútil a la España, sujetándose Buenos Aires a dominio extranjero. El contrabando, que será imposible evitar, llenará el reino de efectos que impedirán el expendio de los de España; los Peruanos se verán precisados a la dura alternativa de un sensible deterioro, o de remitir sus caudales a esta provincia para la compra de las mulas; todos los frutos de la América se dirigirán a Europa con menos costo por esta ciudad, y harán decaer los que hayan sido remitidos por otras manos; aún el dinero mismo no quedará exceptuado de esta condición; y estas consideraciones que son bien notorias a todo comerciante, y que acreditó la experiencia mientras subsistió la Colonia del Sacramento en poder de los Portugueses, convencen el interés que el comercio y la corona tienen en la conservación del Río de la Plata.

La Corte de Madrid conoció la importancia de estos lugares, y procuró ponerlos en estado de resistir cualquier invasión, Engrandeció la Capital con tribunales y empleos, que sirviendo de utilidad

y decoro a sus habitantes, radicasen en ellos el amor al Rey, y adhesión a la Patria; erigió en ella un Virrey con autoridad superior en todas las Provincias; alejó los Portugueses, libertándonos de los conocidos riesgos de su vecindad; nos proveyó armas y pertrechos bastantes para muchos años de una vigorosa defensa; y se explicó siempre con las más generosas ofertas, incitando a los Virreyes a que pidiesen cuantos auxilios contemplasen necesarios a la conservación de estas *Provincias*.

El armamento que trajo Don Pedro Ceballos, aumentado con posteriores remesas, formaba en Buenos Aires un *almacén* de pertrechos de guerra que no tendrá igual en otra parte de estas Regiones *La Sala de armas, por su número, calidad, limpieza y disposición ha sido siempre reputada por una de las mejores del Reino: personas inteligentes, que viajaron diversos países de la Europa la elogiaron con admiración. La artillería era numerosa y de todos calibres, el tren volante por su número y calidad era excelente, en fin nada faltaba a Buenos Aires por parte de sus armamentos para sostenerse contra cualquier Nación guerrera de la Europa.*

*Si a las armas añadimos la situación de los lugares queda más patente la facilidad de la defensa. Montevideo por las dificultades de su puerto, excelentes fortificaciones, baterías y tropas, se hallaba en estado de resistir la escuadra más formidable. Maldonado era un punto poco interesante y garantizado por Montevideo, la Colonia correría la misma suerte, y toda aquella costa podía contemplarse libre de un riesgo considerable.*

En nuestras costas solo la Ensenada de Barragán se hallaba sostenida por una batería baja de doce cañones. Esta gruesa artillería se hallaba dispuesta de tal modo que no podía un Barco asomar al Puerto, sin ser destrozado por ella. Es cierto que desde la ensenada de San Borombón hasta la misma Capital hay más de ocho famosos desembarcaderos; pero la indolencia de nuestros Virreyes los tenía absolutamente indefensos y abandonados. De todos nadie fue tan culpable de esta criminal omisión como el Marqués de Sobre Monte; el iba de paseo todas las Semanas a la Ensenada de Barragán, mientras fue inspector; se le advirtieron los riesgos a que estaba expuesta la Costa por su indefensión; se le puntualizaron los diversos y cómodos Puertos que se presentaban al desembarco de los enemigos; pero aunque entonces se mostró convencido y deseoso de remediar estos males, nada hizo. Elevado a empleo de Virrey, dejó las Costas en el mismo abandono; y convirtió toda su autoridad y facultades a otros objetos, que con olvido del bien publico afirmaban su monstruosa fortuna. Un vecino de probidad y distinción que acompañaba a el Marqués en estos paseos y le hizo entender los riesgos de la Costa; me ha referido con asombro estos pasajes.

*A pesar del abandono de estos interesantes puntos, siempre debía guardarse ventajosa la posición de nuestras Costas. Todas ellas hasta la misma Capital tenían el invencible resguardo de una legua de bañado, que después del desembarco, debe pasar el Enemigo antes de pisar Tierra firme. Estos bañados son tan peligrosos que aún los mismos baqueanos nacidos en estas Campañas sufren mil riesgos para pasarlos. Los Caballos se entierran hasta los pechos; el terreno cenagoso y movedizo no puede sostener peso alguno; y cuando el Enemigo por un esfuerzo extraordinario venciere estas dificultades, un ligero cuerpo de Caballería podría destrozarlo en medio del embarazo o desorden con que deberían verificar su salida.*

La única clase de defensa que no poseía Buenos Aires con ventaja era la *gente*. No era esta una falta de que debía acusarse a *nuestra* Corte; tres Regimientos de Tropas regladas estaban prontos en la Coruña, para embarcarse y dirigirse a esta Capital; y esto era lo único que faltaba para ponerla en estado de casi inconquistable. Tropas veteranas con oficiales inteligentes sabrían hacer uso de las armas, aprovechar las ventajas del terreno y conservar a la Corona uno de sus más útiles y fieles establecimientos; pero un falso informe dirigido con la más astuta intriga privó a esta ciudad de un recurso, que iba a decidir de su suerte.

El Marqués de Sobre Monte se hallaba entonces de Subinspector general de las Tropas de este Virreinato. *La oscuridad de su carrera no le prometía ascensos brillantes en la milicia, y procuró fomentar sus esperanzas con arbitrios y proyectos que había aprendido muy bien en el manejo de papeles.* Informó a S.M. que era inútil la costosa remisión de aquellos Regimientos; que a un tiro

de cañón reunía él en Buenos Aires treinta mil hombres de Milicias disciplinadas; y atribuyendo a su celo y actividad la formación y disciplina de tan *numerosas milicias*, creyó labrarse un mérito que lo caracterizara de verdadero militar; logrando efectivamente que se suspendiera la remisión de aquellos Regimientos, y se verificase solamente la de un exquisito armamento, que venía junto con ellos. Este es el pecado original del marqués de Sobremonte, el principio verdadero de nuestra ruina, y la primera causa que privó a esta colonia de una dominación que no ha desmerecido.

La muerte del Excmo. Sr. Dn. Joaquin del Pino, y casualidad de estar nombrado en el pliego de providencia el Marqués de Sobremonte, hizo recaer en él interinamente el empleo de Virrey y Capitán General de estas Provincias; logró posteriormente su confirmación y propiedad; y desde entonces redobló sus esfuerzos a la sombra de su autoridad, para aumentar las apariencias que tenía los treinta mil hombres de Milicias que había asegurado. Redobló y estrechó las órdenes para la formación de nuevas Milicias; trastornó todos los órdenes del estado con tan extraña novedad; la intempestiva actividad de los Ayudantes interrumpió muchas veces las cosechas del labrador y los talleres del artista; los pueblos todos se vieron agitados con la ejecución de un proyecto tan mal dirigido; y muchos Tribunales, conociendo la justicia de sus quejas, las representaron a S.M.; pero antes que llegase el remedio, nos ha hecho el Marqués sufrir todos los males, a que su imprudencia nos expuso.

Aún se extendió a más su tenacidad: no compartió las tropas regladas, para defender los diversos puntos que podían ser atacados; mandó a Montevideo todos los regimientos veteranos, y llegó al extremo de embarcar para aquella plaza, a la primera noticia de Escuadra Inglesa, una Compañía de Dragones, único resto de este Regimiento que se hallaba en esta ciudad. De suerte que al acto del ataque nos vimos sin más Tropa reglada que cuarenta granaderos que por casualidad habían quedado.

En tan triste situación no quedaba otra esperanza que nuestro fiel y numeroso vecindario. Esta Ciudad ha fundado los títulos de muy leal y guerrera, con que se ve condecorada, en repetidos brillantes triunfos que ha conseguido sobre sus Enemigos. Pocos Pueblos han sufrido tantos ataques, ni los han resistido con tanta gloria; y quizá es Buenos Aires el único que con sus propios ha mantenido siempre regimientos que defiendan sus fronteras. Las continuas derrotas de los Querandis; la del corsario inglés Eduard Fontano; la del pirata Thomas Cavendish; y la de los holandeses en 1628 acreditaron la fidelidad y constancia de este Pueblo recién formado. Los posteriores ataques que sufrió no sirvieron sino de aumentar su gloria. La escuadra de Luis el Grande bajo el General Osmat; la venida de los mismos franceses en 1698; la de los dinamarqueses en el año siguiente; y el establecimiento Francés en 1717 *por las* inmediaciones del Cabo de Santa María, presentaron nuevas ocasiones a los triunfos heroicos de la Patria: ella no se contentó con defenderse; aspiró a ser Conquistadora, y las repetidas tomas de la Colonia del Sacramento coronaron nuestra gloria, e hicieron respetar nuestro nombre entre los Portugueses.

Si Buenos Aires en un estado débil, y con un pequeño vecindario obró con tanto heroísmo, que deberíamos esperar de este mismo Pueblo, cuando ha llegado a componerse de más de sesenta mil habitantes? Tenemos seguramente más proporciones que nuestros Abuelos, y no necesitamos para imitarlos y aún excederlos, sino haber heredado la fidelidad y constancia que los animaba.

Así racionábamos en la amargura que nos causaba la mala disposición de nuestros jefes. Nos consolábamos con que al toque de la generala, nos presentaríamos en la Plaza diez y seis mil hombres capaces de tomar las armas, cuya abundancia y regular manejo nos aseguraba el buen éxito de nuestros deseos. Pero en medio de esta confianza se apoderó de nosotros un nuevo desfallecimiento. *Nos acordábamos que* nuestros Padres obraron aquellos prodigios a las órdenes de buenos Generales, *que aun los Ejércitos disciplinados serían destrozados fácilmente, no teniendo un Jefe que reúna sus fuerzas, las dirija y haga valer la superioridad de la disciplina;* y que si quinientos vecinos de esta ciudad tomaron la incontestable Plaza de Colonia, pero fue llevando al frente a un don Pedro de Cevallos. *Así nos convertíamos a nuestros jefes militares a vez si podíamos fundar en ellos algunas esperanzas.*

*El Virrey Marqués de Sobremonte era el General en Jefe de nuestras operaciones; pero que nos prometía su carrera? Todos somos testigos de su principio y progresos; y sabemos que nunca ha sido militar: siempre vivió dedicado a la pluma, y este ejercicio, que es fatal pronóstico en la Milicia, le impidió adquirir sus conocimientos. De la Secretaría del Conde O`Reilli pasó a las Américas en calidad de Secretario del Exmo Sor Dn. Juan José de Vertiz; de esta plaza fue promovido a la de Gobernador de Córdoba; de ésta a la de Sub Inspector del Virreynato de Buenos Aires; y empezó a servir este distinguido empleo, sin haber tenido participación de montar una guardia en todo el decurso de su vida.*

*Jamás tuvo otra función de guerra, que la expedición al Cerro Largo contra los Portugueses; pero es público que se manejó de un modo que cubrirá de eterno oprobio de memoria. Despreciado del Oficial, del Soldado, y aún del pueblo entero, temía por momentos los castigos, a los que se reconocía acreedor; y cuando todos esperábamos lo mismo, lo vimos repentinamente elevado al empleo de Virrey y Capitán General de éstas Provincias. Entonces los respetos de su autoridad sofocaron el resentimiento común; creíamos que cuando en circunstancias críticas se le elevaba a tan alto empleo, sería digno de él; y fundábamos la esperanza de nuestra defensa en esta fe respetuosa contra las evidentes demostraciones de nuestra experiencia.*

*El Segundo Jefe militar era Dn Pedro de Arce Sub Inspector general de este Virreynato. No había dado prueba alguna de su capacidad e inteligencia; sin embargo era reputado por un gran Militar, y en el solo estribaba la general esperanza de nuestra defensa. He procurado con empeño averiguar el verdadero origen de ésta común acepción de que Dn Pedro de Arce era gran Militar, y he logrado descubrir por informes imparciales, que esta fue obra de los enfáticos elogios de sus partidarios, que apoyados de la extraña circunspección y gravedad de este sujeto lo acreditaron de valiente. Es cierto que se halló en la acción de Mahony esta fue la única de su vida; pero es muy distinto obrar como Teniente de una Compañía, a mandar como Jefe de un ejército. Su manejo no prometía grandes cosas a las personas que meditan: dos años llevaba de Inspector y no había ordenado un solo ejercicio de fuego a las Milicias; se le veía muy metido en Palacio; complicado en las intrigas; estrechamente relacionado con los agentes del Gobierno; y esta clase de hombres no suele probar bien en las Campañas. Sin embargo como estaban tan radicada la fama de su pericia, confiábamos en ella, y no hemos adquirido el desengaño sino con nuestra ruina.*

*Entre los oficiales subalternos había de todo. Muchos tenían acreditado su fidelidad, subordinación, valor y pericia; y podíamos prometernos justamente que mandados de un buen jefe hubieran echo grandes cosas.*

*El pueblo no necesitaba sino dirección para haber hecho prodigios. El se hallaba sumamente entusiasmado del amor al Rey y a la Patria, y jamás se habrá visto gente más deseosa de sellar con su sangre, un público testimonio de su fidelidad.*

*Esta es la situación en que se hallaba Bs. As. cuando se presentaron las armas británicas que lo han conquistado. Su fiel y exacta relación de los hechos descubrirá los culpados en esta vergonzosa entrega. Mezclaré algunas cortas reflexiones que comparando las disposiciones, con lo que las circunstancias exigían faciliten a los ausentes la inteligencia de estas memorias. No describo noticias vagas, ni me detengo en la corteza de las cosas, con que el vulgo se deslumbra. He tenido proporciones de profundizar, y cerciorarme de los pasajes más ocultos; y tengo la satisfacción de desafiar a la comprobación de los hechos al que se mostrare descontento con mi relación. No me valgo de la libertad de escribir, que me ofrece el nuevo Gobierno; guardo la mayor moderación que las circunstancias exigen; y si mi pluma estampa algunas increpaciones, es contra sujetos que han sufrido y merecido públicos insultos de todo este Pueblo.*

Nº 2

*La invasión de Buenos Aires no fue un golpe imprevisto, que trastornase por la sorpresa las disposiciones del Gobierno: pocas expediciones han sido tan circunstanciadamente detalladas, antes de ejecutarse y ninguna ha prestado más tiempo ni proporciones para ser rechazada. En 11 de noviembre de 805 entró a la bahía de todos los Santos una Escuadra Inglesa con reserva de su dirección y*

destino *Del Janeiro se comunicó inmediatamente esta noticia y por diversos Buques de particulares se supo con certeza que se componía de sesenta velas nueve Navíos y nueve mil hombres de desembarco. El temor de que se dirigieran al Río de la Plata hizo tomar algunas providencias pero todas se redujeron a fortificar a Montevideo, pasó el Virrey a aquella Plaza y quedó satisfecho cuando se cercioró personalmente de las excelentes fortificaciones que aseguraban su defensa.*

*En Buenos Aires se convocaron las milicias del Campo, se hicieron bajar las de Córdoba, se juntó un pié de Ejército considerable; y cuando las cosechas se iban perdiendo por falta de manos que las recogiesen, se supo con certeza que la Escuadra enemiga se había dirigido al Cabo de Buena Esperanza; y lo había tomado efectivamente [ilegible] se retiraba gente; se recogieron los restos [ilegible] se experimentó este nuevo efecto de los informes de los treinta mil hombres de Milicias disciplinadas; y el virrey retornó lleno de satisfacciones a la Capital.*

Aunque no creímos que la toma del Cabo nos expusiese a ser atacados, esperábamos corsarios, que bloquearían nuestros Puertos, e interceptarían el comercio; y el Gobierno no debió despreciar los riesgos que ofrecía la vecindad del Enemigo: sin embargo no se tomó precaución alguna; no se formaron Baterías, no se repartieron en puntos oportunos esos Cañones, cuya multitud ignorábamos, hasta que los Ingleses los han sacado de los almacenes, y no se vio una sola prevención de *inteligencia* para contener un desembarco.

En esta inacción nos mantuvimos hasta Mayo de 806, en que de diversos puntos se dirigieron partes al gobierno de que se avistaba una división de bastantes velas cuya bandera se ignoraba; y *el del comandante de Santa Teresa dispuso nuestras dudas esclareciendo que aquella Escuadra era Enemiga. Participaba que el día 20 apareció frente del Fuerte a una legua de la Costa una Fragata Inglesa de 40 cañones, con 5 embarcaciones menores, incluso un lanchón de 18 pedreros que habiendo llegado a tierra un bote con un oficial y 4 marineros pretextando necesidad de aguada, los había detenido; que la Fragata envió otro oficial con bandera parlamentaria, intimando al Comandante entregase los Prisioneros o que saltando en tierra pasarían a cuchillo toda la guarnición; que a este nuevo enviado lo había detenido igualmente y que habiendo intentado un desembarco los había repelido con dos piezas de artillería que guardaban la Costa.*

*Posteriormente se repitieron los partes, que daban curso de aquella Escuadra: casi no había día en que no se avistase de algún punto: los Barcos neutrales, que entraron en gran número la contestaban; muchos habían sido reconocidos por ella, y aunque en el número de velas hubo alguna disconformidad en las declaraciones, nos comunicaron noticias tan individuales que supimos hasta el uniforme de la Tropa.*

*Ya nadie dudaba de la realidad de la Escuadra enemiga, pero se racionaba de este modo en orden a ella. La Escuadra francesa de Rochefort venía con destino de fortificar el Cabo de Buena Esperanza, y rechazar las fuerzas inglesas que contra él se dirigían; cuando llegó ya estaba tomado y siendo inferior a la Escuadra enemiga, se ha visto precisada a retirarse con precipitación. El Inglés ha creído que siendo Montevideo el punto más vecino, se refresquen en él los franceses, antes de retornar a Europa; y viniendo en su seguimiento no debemos temer un desembarco para el que no pueden traer fuerzas bastantes, sino cuando más, que se batan ambas Escuadras en nuestros Mares. Fundaban este raciocinio en algunas noticias comunicadas por Barcos Mercantes y en una embarcación francesa dirigida por el Gobernador de la Cayena en la que suponía la Escuadra francesa en Montevideo.*

*El Marqués de Sobre Monte no tomó otra providencia en riesgo tan inminente, que aperar la inútil artillería del Fuerte y los cuatro cañones del Muelle; colocar en ambos puntos un hornillo para bala [ilegible] a la alameda un tren volante de ocho piezas; y agregar las Milicias del Campo a un destacamento de Blandengues, embarcando precipitadamente para Montevideo los restos de Tropas veteranas que se hallaban en ésta Ciudad, pero se desatendió enteramente toda la Costa, no se formó una Batería, no se entregaron las armas a los que debían manejarlas; ni se trató de hacer uso de la infinidad de Cañones y pertrechos de guerra, que no han servido sino de ocupar los espaciosos almacenes del retiro.*

*En este abandono y desamparo se hallaba Buenos Aires y el Marques se burlaba en su tertulia de la Escuadra enemiga suponiéndola de contrabandistas ó pescadores pero el 24 de Junio a las Oraciones, llegó un parte del comandante de la Ensenada en que comunicaba haber intentado los ingleses un desembarco por aquel lugar y haberlos resistido con el fuego de la Batería. El Marqués recibió esta noticia y se dirigió inmediatamente a la Comedia con la misma serenidad que en una paz tranquila. A las ocho de la noche entró a su Palco un oficial y le entregó un parte de los Quilmes, en que se le avisaba que los Ingleses desembarcaban allí; entonces se retiró a su palacio, donde sin tomar providencia ni determinación alguna, se entregó a la confusión, amargura y trastorno que le ocasionaba su impericia.*

*Antes de proseguir estas memorias es preciso dar una idea de la ubicación de los Quilmes y de las dificultades que debía vencer el enemigo para llegar a la Capital. Suplico al lector se imponga y posesione de estas circunstancias locales, y las compare con las disposiciones que tomó el Marqués para nuestra defensa.*

*Quilmes es un curato con población de seis u ocho ranchos, situado sobre la costa del Río al sur de la Capital, y a tres leguas de distancia. Su posición es en un alto, plano y seguido que domina a la Costa. De este alto hay cuatro cuadras a la orilla de bañado, y de esta a la del Río hay una legua. Este bañado es el que resguarda todas nuestras Costas, que se ha creído impracticable, y que he puntualizado anteriormente.*

Es incontestable que los ingleses escogieron para su desembarco el peor punto de toda la costa. Los barcos sin un Puerto en que resguardarse, debían mantenerse sobre la seguridad de sus amarras, en un canal abierto expuesto a las Borrascas y Tempestades que son tan frecuentes en esta estación. Las tropas no podían emprender maniobra alguna, que no fuese descubierta y observada desde la Ciudad. Cuando la impericia de nuestros jefes no opusiera algún obstáculo a su desembarco, entraban en un bañado, que no podían transitar sino desordenadas y rodeadas de riesgos inminentes. Si la fajina o sus esfuerzos venciesen estas dificultades, saldrían a un *plano* bajo y descubierto, donde serían de-strozadas por la artillería que desde el alto podían manejar los nuestros con impunidad.

Cuando superasen esos riesgos y ganaran el alto, debían caminar a pie tres leguas de Campos llanos y descubiertos. Nuestra numerosa y diestra caballería les, picaría la retaguardia, los molestaría, los cortaría, y quizás sin empeñar una acción formal, los obligaría a rendirse o retirarse. Cuando se libertaren de estos peligros, llegarían a Barracas, y encontrarían una posición capaz de contener el ejército más numeroso y disciplinado.

*El Río de Barracas corre profundamente encajonado con doce varas de ancho por el Sur de la Ciudad en las inmediaciones de sus Barrancas. Este es el lugar en que se depositan y cargan todos los Barcos de nuestro Comercio, y tiene tres puntos por donde debe pasarse precisamente: la boca nueva, el puente de Gálvez; y el paso chico: todos ellos están inmediatos, y los fuegos de un lugar se comunican, y alcanzan con los del otro.*

*La Boca nueva tiene siempre más de cien Barcos, que provistos de artillería y gente formarían la Batería más terrible; el puente de Gálvez debía cortarse, y puesta una Batería de ésta parte y otra en el paso chico, barrerían cuanto se le presentase en la rasa Campiña, por donde precisamente debía venir el Enemigo.*

*Cuando venciendo estos inminentes riesgos pasaran el Río, entrarían en las ocho Cuadras de terreno que hay desde aquél hasta las barrancas. Todo este lugar está cortado con zanjas y cercos de Tunas, que siendo inaccesibles en la estación lluviosa, en que nos hallábamos, dificultarían su marcha; y no pudiendo ofender con su artillería serían despedazados por la que podía manejarse fácilmente desde la orilla de las escarpadas barrancas. Todos estos riesgos evitaba el Inglés desembarcando por San Isidro o la Recoleta; pero parece que eligió el punto más peligroso, para aumentar su gloria, y la ignominia de nuestra entrega.*

*Amaneció el día 25 y con el diez embarcaciones enemigas frente de Buenos Aires fondeadas a dos leguas y media de distancia en el canal del amarradero. Eran siete Fragatas, una Corbeta, un Bergantín*

y una Balandra; y el Bergantín con una Fragata se observaban muy aterrados hacia los Quilmes. Todo el vecindario se agolpó a las Barrancas y a pesara de la espesa niebla de que la atmósfera estaba cargada, se vio en todo el día el desembarco que hicieron las Tropas por medio de veinte y un Botes y Lanchones. No tuvieron los Ingleses otra defensa para esta maniobra, que el costado del Bergantín, que se hallaba muy aferrado hacia la Costa pero cuya artillería no hubiera ofendido a los nuestros; porque un albardón los cubría del fuego contrario, y les presentaba un lugar oportuno, para impedir el desembarco si se hubiese pensado en ello.

A las siete y media de esta mañana se tocó la generala, y a esta señal concurrieron al Fuerte todos los vecinos que componían la Milicia de los Urbanos; inmediatamente se abrió la Sala de armas, y se dio a cada hombre un fusil con bayoneta, y una cartuchera; pero aquel sin piedra, y esta sin cartuchos. Hago esta advertencia, para que se note la prevención, con que se esperaba un enemigo; que amenazaba por momentos. En este mismo día se armó con igual desgüeño el Regimiento de Caballería; se formó en el cuartel de la Ranchería el Regimiento de Voluntarios de Infantería; y se armaron y se formaron en la Plaza las Compañías de indios, negros y mulatos.

Todos los Vasallos fieles se enternecían, viendo la animosidad y empeño que mostró el Pueblo, para tomar las armas contra el Enemigo. Los que no se hallaban alistados en alguna Compañía, importunaban a los Jefes para que se los destinara; corrían a los lugares donde alguna voz vaga anunciaba que se repartían armas; no se oía otra voz sino que se les ocupara en la defensa de la Patria, pero con ésta disposición y la circunstancia de hallarse en Tierra el Enemigo, se necesitaba un proceso para conseguir un arma. El pretendiente se presentaba al Sargento Mayor, este lo dirigía a un Capitán de Urbanos quien en caso de admitirlo debía dar su firma afianzando la devolución del fusil para que entonces se le entregase por medio de un Ayudante. El Virrey mismo conoció y no supo aprovechar la fidelidad y disposición del vecindario, y saliendo a un Balcón les dio las gracias a nombre de S.M.

A las tres y media de la Tarde salió el Marques a caballo, acompañando el tren volante que tenía a la orilla del muelle; llegó con él a vadear y dejándolo allí, se restituyó a su Palacio a las oraciones. Salió igualmente el Inspector D. Pedro de Arce con destino de impedir en los Quilmes la entrada del Enemigo entregándose a sus órdenes un destacamento de seiscientos hombres de Caballería entre Blandengues y Milicianos del Campo, y ordenándose al Regimiento de voluntarios de Caballería, que se le incorpore. El riesgo era inminente pues los Enemigos estaban en Tierra, pero no por eso apresuró D. Pedro sus pasos majestuosos; durmió en Barracas igual la noche, y no apareció en los Quilmes hasta la mañana del veinte y seis. Cerremos la relación de este día con la de un hecho público, que trasciende a todos los demás.

En todo el tiempo que duró esta conquista, no dio el Marqués una sola providencia para que las Tropas comieren, bebieren, o se aflojaran. Cuarenta y ocho horas estuvieron los nuestros sin que se les proveyese de comer, o beber, sin dormir absolutamente, expuestos a los signos de la estación, y a las molestias de una lluvia continuada, y sin embargo no dieron la menor muestra de descontento. Estos hombres no eran Soldados endurecidos en las fatigas de la guerra; eran vecinos acostumbrados a las comodidades de una vida delicada; pero cuando se trató de defender la Patria, sufrieron gustosos unas penalidades que no les causaba la guerra, sino la impericia y descuido de su Jefe. Un Pueblo que da semejantes pruebas, no necesita más apología de su fidelidad.

Llegó el día veinte y seis, y mientras Buenos Aires se entregaba a la consternación y conmociones propias de la guerra fijó esta su teatro en el lugar de los Quilmes. Oficiales Ingleses nos han asegurado, que la noche del veinte y cinco se creyeron perdidos en el bañado; sus esfuerzos no bastaban a salir de aquellos pantanos y convencido el general de los insuperables peligros de proporción, contó segura su ruina, temiendo que al amanecer los barrieran los nuestros desde la Orilla con Artillería cargada de metrallas pero viendo por la mañana que no se les oponía gente alguna, recobraron sus perdidas esperanzas, y tomaron nuevos bríos con el conocimiento de los Jefes contra quienes peleaban.

Llegó D. Pedro Arce en aquella mañana; y colocándose en el alto formó su ejército en batalla; no tenía entonces sino seiscientos hombres de Caballería y tres Cañones, y con ellos esperó al Enemigo. Se descubrieron entonces los Ingleses metidos todavía en las dificultades del bañado, y rompió Arce el

*fuego de Artillería. Las tropas Inglesas avanzaban aunque con dificultad, tiraron muy pocos cañonazos con unos pedreritos que traían y los nuestros estaban quietos sin arremeterlos. Los Blandengues tenían carabinas y las dispararon una sola vez, otros no tenían sino pistolas y espadas; otros lanza solamente; y no ordenando Dn Pedro de Arce una arremetida violenta, esperaban el fuego de la fusilería de los contrarios, a quienes no podían ofender.*

*En esta situación salieron los Ingleses del Bañado formando en columnas, apuraron la marcha y cuando Arce los vio a distancia de dos cuadras, gritó en voz alta estas palabras: "Cara y caballo vuelta y retirada." A este tiempo llegaba el Regimiento de Caballería con dos cañones y setecientos hombres; venía formado en columna de veinte y cinco hombres al frente; y con la conversión que ordenó Arce, echó sus Tropas sobre estas, y confundidas todas y desordenadas emprendieron una precipitada fuga. Los Enemigos dieron entonces una Descarga graneada de fusilería; avanzaron con celeridad; subieron al alto, y apoderados del tren, repitieron otra igual descarga.*

*Este es el suceso de los Quilmes, que fue decisivo para nosotros; los yerros de Dn Pedro Arce no caben en la razón más aturrida; y aún la más grosera impericia no es bastante para disculparlos. Que intentaba este general en aquella acción? Quería empeñar decisivamente un cuerpo de pura Caballería con otro de Infantería? Pero a que Militar ha ocurrido semejante pensamiento? La Caballería acomete, desordena, sostiene y completa las operaciones de la Infantería; pero por si sola no debe entrar en una acción formal.*

*Pero si se propuso Arce sostener aquella acción; porque la abandonó? Los nuestros no tenían fusiles; ni aún teniéndolos podían corresponder el fuego contrario con igual celeridad; ello rabiaban por acometer con sable en mano; ¿por qué pues no lo mandó, aprovechando la resolución de unos hombres, que en la destreza y manejo del caballo llevan ganada la mitad de la victoria? O Dn Pedro Arce ordenó una retirada intempestiva, o su posición en aquel lugar fue imprudente, y sin inteligencia?*

*Aún después de esta derrota quedaban al Inspector muchos recursos para contener al Enemigo. Nuestra Caballería fugitiva con dispersión de solos cien hombres volvió a reunirse a media legua de distancia, de suerte que se vio Arce nuevamente con mil y doscientos hombres: si estas Tropas se hubiesen retirado hacia la Ensenada o Tierra adentro, manteniéndose siempre a vista del Enemigo hubieran contenido su marcha con sola su presencia ¿Cómo es creíble, que mil y quinientos ingleses (de los que solo ochocientos eran veteranos) mojados, llenos de lodo, escasos de municiones de boca y guerra se dirigieran a la gran Ciudad de Buenos Aires, dejando a la Espalda tan considerable cuerpo de Caballería? Cuando tuvieran audacia para esta empresa contrarias a las reglas de la Milicia, deberían los Nuestros incomodarlos, picarles la retaguardia, y apurarlos hasta ponerlos entre dos fuegos con la Infantería, que los esperaba en el Puente de Barracas. Esta operación, a que quizá debieron ceñirse desde el principio, se facilitaba por la libre comunicación que la llanura de nuestros Campos franqueaba a los nuestros con la Ciudad; y nada era más fácil que proveerlos de artillería y demás auxilios que hubieran necesitado. Pero el corazón de D. Pedro Arce no podía sostener la vista del Enemigo, y apresuró su fuga hacia la Ciudad.*

*El Marqués, que ya sabía la derrota hizo pasar a Barracas al Regimiento de Infantería, y colocando seis piezas del tren volante, sin hacer batería en un lugar donde podía formarse tan fácilmente, mandó cortar el Puente. La operación se hizo con tanta prontitud que cuando llegó Arce estaba casi cortado, y la Caballería pasó con dificultad.*

*El Coronel de Infantería a la vista de sus Oficiales y Soldados preguntó a Arce cuantos podrían ser los Enemigos, y contestó en voz alta cerca de cinco mil hombres de Tropa de Línea. El miedo le había aumentado los objetos, y esta falsa noticia no contribuyó poco a el desfallecimiento de los nuestros. Sin embargo los enemigos no eran sino mil y quinientos, de estos solo ochocientos eran Soldados, y el resto eran Marineros y Grumetes, que venían con uniforme, para abultar. Dejémoslos seguir la marcha hacia Barracas, y veamos las disposiciones que nuestro General en Jefe tomó para la defensa de aquél interesante punto.*

*Se quemó el puente pero se dejaron en la orilla opuesta dos hermosos edificios, donde podía atrincherarse el enemigo. Los barcos de la boca nueva tenían más de mil hombres de marinería; toda esta gente podía armar con [ilegible]; pero se las negaron. Quisieron saltar a Tierra con cuchillo en mano, jurando el exterminio de los Enemigos; pero su Comandante Laguna pariente del Virrey empleó toda su autoridad y ruego para contenerlos. La Marinería fue fiel; estaba dispuesta a todo; hubiera hecho prodigios, si hubiere tenido Jefe; y dio el tierno espectáculo de que en la Falúa real remaron en aquél día puños Patricios de Barcos.*

*El puente de Galvez, que era el punto a que se dirigía el Enemigo estaba resguardado por el regimiento de Infantería, que tenía poco más de cuatrocientos hombres, y los seis cañones que ya he dicho; esta tropa se formó por su propia orden una especie de Trincheras de cerco de Tunas, colocando su artillería de un modo, que podía sostenerse. Entre las Barracas y Barrancas estaba la Caballería, que con los nuevos cuerpos y agregados ascendía a más de dos mil hombres: en las Barrancas se hallaban los Urbanos, que con vecinos agregados voluntariamente ascendían a dos mil quinientos; en el centro de la Ciudad estaban los Indios, Negros y Mulatos que ascendían a setecientos hombres: en la quinta de San Isidro habían quinientos hombres de Caballería de nuevos reclutas; reunidos otros varios Cuerpos y formado cómputo de las armas, que se repartieron, tuvimos seguramente más de ocho mil hombres, cuya falta de disciplina se compensaba con exceso por las ventajosas posiciones, que podían tomar.*

*Sin embargo ya no se trataba de resistir al Enemigo; y es público que desde que Arce comunicó el suceso de los Quilmes, contó el Virrey la acción por perdida, renunciando a las más remotas esperanzas: las ponderaciones del Inspector intimidado, y la derrota de un hombre a quién reputábamos por el Laudón de nuestra América, hicieron desesperar al Marqués, y ya no pensó sino en otros objetos. A las cuatro de la tarde partió a Barracas; pero no a dar disposiciones de defensa, sino a proyectar medios de descargar en otros las responsabilidades de la entrega. Ya habían salido los caudales del Rey; salió en esta Tarde la familia; y la actividad de los Militares sus parientes (que eran los más) no se dirigían a la defensa de la Plaza, sino a la salvación de sus bienes y sus personas.*

*Llegó el Virrey a Barracas, y apenas se presentó a las Tropas, entre vivas y aclamaciones, se retiró a la quinta de D. Antonio Dorna, sin que se le volviere más a ver. Practicó lo mismo D. Pedro Arce, a quién vimos en su casa cenando muy tranquilo al tiempo mismo en que los nuestros se cañoneaban con el Enemigo. Nuestra Infantería en la acción de Barracas, no ha tenido General, y el único Comandante que reconocía fue el hidráulico D. Eustaquio Granini nombrado por el Virrey.*

*Obscureció la noche y los nuestros no tenían centinela, ni guardia avanzada que avisase la llegada del Enemigo. Los milicianos se mantenían en el barro sobre sus fusiles sin esperar otro anuncio de la venida, que una descarga y oyendo a las ocho y media tres fusilazos en la orilla opuesta, graduando justamente que estarían allí los Ingleses, hicieron fuego con la artillería. El enemigo se retiró precipitadamente dejando dos fusiles, y los nuestros se incorporaron y animaron con este feliz ensayo.*

*Este era tiempo de que el Marqués despertase de su espanto y tomase algunas providencias, pero él no trataba sino de salvar diez mil onzas de oro que conducía con su familia; y estuvo tan distante de aprovechar éstos momentos que dio pruebas prácticas de sus contrarias intenciones. Inmediatamente que cesó el fuego llegó orden del Marqués pidiendo los cuatro mejores Cañones de aquellos seis, que los nuestros tenían; los oficiales formaron consejo y resolvieron no entregarlos, porque quedaban rendidos sin aquella defensa; sin embargo el comandante Granini expuso que era preciso obedecer, y se entregaron los cañones que se pedían. Trataron nuevamente los oficiales de retirarse nuevamente a las Barrancas, donde unido con los Urbanos podrían atrincherarse y defenderse; pero el Comandante replicó que era necesario obedecer y se mantuvieron allí toda la noche.*

*El descaró del Virrey llegó a tal extremo, que separaba a los Ayudantes de los Cuerpos destinándolos a llevar cartas a la Virreina avisándola la seguridad de su persona (como si jamás hubiese corrido el menor riesgo). Al mismo tiempo se sacaban del fuerte hasta las ollas, y en medio de esta extraordinaria actividad se miraban con tanto desprecio los intereses del público y del Rey, que se dejaron los*

*papeles, y aún el archivo secreto. Estos son hechos públicos acreditados en el Sumario, que forma este Cabildo.*

*Amaneció el fatal día 26, en que por el abandono de nuestros jefes íbamos a ser entregados. Apenas aclaró, partió el Marques con los cuatro Cañones, que había quitado a las Milicias, y dos mil hombres de caballería a la quinta de los Betlehemitas; en este lugar reunió la artillería y Tropa para defensa de su persona, que nadie perseguía, abandonando el punto que iba a ser atacado del Enemigo.*

*Los Urbanos habían pasado en vela toda la noche sobre las Barrancas, a las órdenes del Brigadier Quintana Tío de la Virreina: aturdidos con la inacción de los Jefes, ellos mismos buscaban arbitrios para defenderse; y habiendo encontrado casualmente seis cañones de a ocho montados sobre cureñas de Mar en la Barraca de Don Ventura Marcó, los limpiaron y dispusieron, para hacer fuego dándose las en hora buenas por tan feliz hallazgo. Si el lector se admira de que los vecinos se vieses precisados a buscar cañones de un comerciante en un pueblo donde tenía el Rey tan numerosa y excelente Artillería, quedará asombrado, cuando lea el escrito de este pasaje.*

*El Comandante de Urbanos Dn Jaime Alsina pasó un oficio al Virrey avisándole, haber encontrado aquellos Cañones, y pidiendo municiones con seis artilleros, para unirlos a algunos vecinos inteligentes que allí se hallaban. El Marqués contestó por medio de otro oficio, diciendo, que no hallaba por conveniente se hiciere uso de aquella artillería. Enardecidos los Urbanos con esta respuesta compraron municiones de un almacén particular; se proporcionaron artilleros, y dirigieron al Marqués un nuevo oficio, avisándole que nada más necesitaban para hacer fuego, sino su licencia. Este oficio no pudo entregársele porque había ya emprendido la fuga, y no se le encontró. Yo he leído con horror estos papeles originales, que corren agregados al expediente.*

*Serían inmensas estas memorias, si quisiera referir todos los sucesos escandalosos que hemos presenciado; yo reservo tocar los principales, en las reflexiones generales, que quiero exponer en el número siguiente sobre las verdaderas causas de ésta catástrofe; por ahora contentémonos con el orden sucesivo de la Conquista, y entremos al ataque de Barracas, recorriendo previamente las posiciones de nuestras Tropas.*

*Ya he dicho, que en el puente, donde se hallaban todas las fuerzas enemigas, estaba solamente nuestro Regimiento de Milicias de Infantería con dos pedreros de a cuatro, que se les habían dejado; estas eran las Tropas disciplinadas que teníamos; y sin embargo les quitó el Virrey dos compañías, una para guardia de su Palacio, y otra del Muelle. Estos fueron los únicos que entraron en acción, y no llegaban a cuatrocientos.*

*Los dos mil hombres de Caballería con los cuatro cañones quitados a la Infantería, se los había llevado el Virrey a la Quinta de los Borbones, donde no podían ofender, ni ser ofendidos; y allí se mantuvieron hasta la fuga, sin que se pensase en [ilegible] a los que peleaban.*

*Los dos mil y quinientos Urbanos se hallaban en las Barrancas, desde donde veían el sacrificio de nuestra infantería: clamaban por ir a socorrerlos; pero el Jefe Quintana tío del Virrey reponía, que no había orden. Replicaban, que por lo menos formarían Trincheras, protegerían su retirada, y reunidos todos formarían allí el punto de defensa; pero se les oponía la misma falta de orden.*

*Los 600 hombres armados, que estaban en la Ciudad se mantuvieron en la alameda por orden del Virrey, sin que se les permitiese venir al punto del ataque. Los 900, de Caballería, que estaban en la punta de San Isidro, se conservaron allí, sin que tampoco se les diera destino. Los empleados y demás vecinos andaban por las calles casi locos; maldiciendo al Virrey, que nos entregaba con tanta infamia. Todos estos cuerpos tenían Jefes inmediatos, pero como dependían del General duende que se hizo invisible en este día, se mantuvieron en inacción, esperando órdenes. Esta era la situación de Buenos Aires, cuando rompió fuego el enemigo.*

*Los Ingleses habían colocado su Artillería en las Casas, que el Marques no quiso demoler, y este hecho aumentó nuestra ignominia, porque prueba la poca pericia de los contrarios: si el Marques no hubiese quitado los cañones, hubieran sido demolidas a los primeros tiros, dejando sepultados en sus*

*ruinas los cañones y los artilleros; pero nuestro General acertaba a no dar más providencias que las conducentes a facilitarles la entrada, y esta será la única vez que el miedo (si no ha sido otra la causa) ha abierto las puertas al enemigo.*

*Llovían sobre los nuestros las granadas, y balas de cañón y fusilería, y aunque eran inferiores en número y en disciplina, aunque se veían sin artillería y sin General, se sostuvieron sin embargo cerca de media hora. Crecían los riesgos de los nuestros, ya casi no tenían cartuchos; los Ingleses estaban acantonados en toda la Orilla; trataban ya de formar una planchada, para pasar, y aunque esta operación era muy fácil de resistir, no había Artillería para verificarlo, y el Virrey nada menos pensaba, que en mandar el menor auxilio; en estas circunstancias ordenó el Comandante una retirada, y desapareciéndose al momento tanto como los demás oficiales, tomaron las Tropas una precipitada y desordenada fuga.*

*En medio de esta general tristeza y desorden tuvimos la complacencia de ver una acción que probó hallarse en los soldados el honor que se había extinguido en nuestros Generales. El Cadete abanderado B[ilegible] fijó su bandera sobre los dos pedreros que quedaban y exhortando a la gente a que no lo abandonase, no dejó aquel puesto, hasta que el Sargento Fernandez con otros Soldados se [ilegible] aquel corto tren arrastrándolo a brazos por el barro y libertándolo del Enemigo.*

*El Virrey con su antejo en la azotea de la Quinta, observó nuestra derrota, que intento positivamente no preaver, y montando a caballo tomó el camino de Córdoba con los dos mil hombres de Caballería y cuatro Cañones, que resguardaban su persona. En la Quinta de Linier frente a la de Valenti paró un rato, y de allí dirigió orden a su Tío Quintana, para que se retirara al Fuerte con todos los Urbanos: lo verificaron puntualmente y el Comandante de Ingenieros Brito entregó a Quintana el mando de la fortaleza, comunicándole orden del Virrey, para que capitulase.*

*Al poco rato entró al Fuerte un Emisario Inglés, intimando a la plaza, que se rindiese bajo capitulación. Convocados entonces los oficiales de plana mayor, el Real Acuerdo, y el Cabildo, se formó un consejo para tratar este negocio. Los oidores expusieron que aquella era función puramente militar; que ellos no podían tener conocimiento de las fuerzas de la plaza, ni del uso que debería hacerse de ellas; y que las funciones de su Ministerio habían estado siempre ceñidas a la administración de justicia. El Cabildo expresó casi lo mismo; y ratificándose los Militares, en que no tenían el menor recurso para la defensa de la Patria, resolvieron ellos mismos la capitulación.*

*La plaza tenía mil medios de defensa, y quinientos de los nuestros bastaban para acabar con los enemigos, que habiendo pasado a esta orilla, habían tomado una posición donde no podían obrar absolutamente; pero teníamos la fortuna de que los oficiales de plana mayor eran tan militares como el Marqués. Su absoluta ignorancia fue tanta que tratando ya de formar la capitulación, no hubo entre todos ellos quién supiera extenderla, y se vieron precisados a valerse de un comerciante.*

*Permitidas las Capitulaciones al general Inglés, las aprobó bajo el siguiente decreto: Concedidas; con condición que se traigan los caudales del Rey, y las devolvió sin firmarlas. Nuestra gente se hallaba armada todavía en el patio de la Fortaleza, y se amotinó, cuando se les intimó la entrega; los ruegos de los oficiales pudieron únicamente contenerla; y haciéndosele dejar las Armas se retiró a sus casas.*

*Yo he visto en la plaza llorar mucho hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando, a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, ví entrar 1560 hombres Ingleses, que apoderados de mi Patria, se alojaron en el Fuerte y demás Cuarteles de esta Ciudad. ♦*